

Aquí y ahora

CANCIONES PARA DESPUES DE UNA PAZ

¿Debemos dar los españoles por perdida cualquier esperanza razonable de democracia? No lanzo al aire trastocado de la política una pregunta de impulso reaccionario. No me viene a los labios empujada por la náusea de contemplar a Santiago Carrillo erigido en árbitro de la situación y en disposición de depararnos nuevos Paracuellos. Después de estos meses de experiencia política ya no hay espacio para la sorpresa ni para la emoción. Todo está más claro que la crucifixión de Cristo. Tan claro, que los

acontecimientos se pueden contemplar, diseccionar y clasificar con una serenidad inhumana.

Concuerdo con Torcuato Luca de Tena en que "el Gobierno se está preocupando más de lo de ahora mismo que de lo de mañana". Nadie se atreverá a rebatir en efecto, que el Gobierno carece de una proyección política de futuro. Le sucede un poco lo que a las chicas de alterne: se gastan casi todo lo que ganan en restaurar la imagen para el inmediato e imprevisible cliente.

Difiero, sin embargo, de Torcuato Luca de Tena en eso de suponer que estamos "en un momento extraordinariamente confuso". La cuestión es muy simple, según queda escrito en los versos que durante las largas vigilias escribe un vigilante nocturno con sobrecarga de vitales experiencias. Dice así: "El Estado ha muerto. Yace bajo una losa, en la que todavía está escrito: Francisco Franco. Desde una mesa isabelina gobierna la anarquía".

No hay autoridad. Ni moderación. Ni cautela. Ni apenas otra cosa que no sea susurrar en la madrugada, cuando los párpados caen a plomo sobre la vertical del vértigo: "¡Pasó otro día!". ¿Y mañana? Mañana retratarán a otro político saliendo del Palacio de la Moncloa con el cesto repleto de promesas. ¿De izquierdas? ¿De derechas? ¿Cristiano? ¿Marxista? ¿Cristiano-marxista? ¿Marxista capitalista? ¿Republicanos? ¿Separatista? Tanto da. Aunque parezca imposible, todos sacamos astillas para la hoguera que habrá de purificar a España de un gravísimo pecado: treinta y cinco años de paz y progreso.

Treinta y cinco años de "Canciones para después de una guerra". ¿Y cuál escogerá Martín Patino si debiera hacer ahora una continuación: "Canciones para después de una paz"? Imagino el arranque: Santiago Carrillo, sin peluquín, rodeado por una multitud de guardaespaldas, todos ellos portadores de licencia para uso de armas de fuego y permiso para matar mientras contra el horizonte enrojecido del ocaso restallan las estrofas de la Internacional y una bandera blanca trepa premiosa por el mástil presidencial.

Y luego, ¡qué duda saber, "Ramocoonaa".....

Ismael MEDINA